

Julio
1915

PACIFICO

MAGAZINE

Precio:
N° PESO





PACIFICO

MAGAZINE



Que ayer

VOL. V.—Santiago de Chile, julio de 1915.—NUM. 31.

— Que mañana

Las lenguas de los santiaguinos

(Narración del siglo XVII)

Por
J. DIAZ GARCES

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

La pobre ciudad, aplastada doblemente por la pobreza y por el pasado terremoto del cual apenas se reponía, obscura, misteriosa, triste, conventual, velaba aquella noche, la última del año 1670, esperando un acontecimiento que venía a interrumpir la lúgubre monotonía de su existencia.

Don Alonso de Zúñiga, capitán y caballero de buena estirpe, corría por la calle principal a contar a su mujer, doña Blanca de Mendoza, la buena nueva. El reloj de la Compañía, la máquina, como se le llamaba con respeto supersticioso, iba a marchar por la primera vez y daría la última hora del año en medio del silencio supersticioso de la ciudad. Don Alonso había hablado con los dos brujos, los jesuitas alemanes que, en un rincón del convento, habían martillado durante año y medio para ajustar piezas y armar el gran cuadrante que iba a señalar desde la torre sin ayuda de hombre, la hora lenta y perezosa del vecindario.

—¿Darás las campanadas? se preguntaba todo el mundo.

Y don Alonso se iba deteniendo a cada paso para contar que sí las daría y que él mismo había visto marchando la máquina, sin intervención de mano. Por esto llegaba tarde a la cena doméstica y repetía allí nerviosamente el espectáculo del enorme péndulo, que bajaba colgado de la cadena, y apresuraba la marcha del año que moría.

—Que se marche; sí que se marche!—

decía el santiaguino como de costumbre, como lo dice hoy día, descontento siempre del tiempo pasado y lleno de esperanzas mal fundadas para el porvenir. Alguien creía que el reloj estaba destinado a hacer andar el tiempo más de prisa; otro aseguraba que lo mediría mejor. Don Alonso rectificaba con alres de sabio y explicaba el simple funcionamiento mecánico de la maquinaria.

En el silencio más profundo, cada cual esperaba la hora. Las mujeres oraban y no faltaban almas timoratas que esperasen un temblor para castigar esta soberbia de los hombres. Se decía que los dominicos, envidiosos del triunfo de los jesuitas, tocarían las campanas de su iglesia antes de la hora para impedir que fuesen escuchadas las del reloj. A los niños se les había dicho que las campanas serían tañidas por el ángel de la guarda. Las religiosas, medio escandalizadas, se proponían taparse los oídos después del primer toque. Y así fué pasando la noche hasta la aproximación del momento supremo.

Un golpe sonoro resonó en la alta torre, y después otro y otro, hasta completar doce que cada cual iba acompañando en voz alta.

Don Alonso escuchaba embelesado, cuando del fondo de la casa vinieron algunos alaridos. Era la mulata Candelaria que daba a luz una hija. Pequeña interrupción sin importancia, a lo menos sin mayor importan-

cia que la aparición de una yegua de trabajo en el establo de un rico hacendado.

—O será una santa o un demonio, vaticinó un viejo criado, "porque quien ha nacido con la campana de las doce, de esta máquina que ha inspirado Dios o el Diablo, está predestinado." Asintieron todos y sin esperar los comentarios pintorescos de la muchedumbre que volvía de la plaza, cansados ya de este enorme esfuerzo, los habitantes ricos se fueron a dormir mientras la mulata agonizaba sobre un saco de paja.

Comenzaba a efectuarse en Chile la transformación de los gobernadores, soldados en gobernadores administrativos. La colonia era tal vez el más pobre de los dominios de España; vendida y agotada por la guerra, por el terremoto, por la viruela endémica, por la larga tramitación de los pleitos, por un pagano y excesivo desarrollo de las fiestas religiosas, no ofrecía campo alguno a los hombres de gran posición de la península, sino a aventureros más modestos que querían ganar méritos renunciando casi a la fortuna, siempre soñada, con buenos y leales servicios a su Rey.

Desde la famosa campana del reloj de los jesuitas, que marcó la venida al mundo en el huerto de la casa de Zúñiga a una mujer que volverá a ocupar unas líneas en esta leyenda, han pasado algunos años que en el siglo XVII no significaban casi nada. Después de Henríquez había llegado, a fines del año 1682, desde Tucumán, donde gobernaba, ascendido al de Santiago, un caballero español, don Marcos José de Garro.

No se extrañó tanto el nuevo gobernador de la pobreza de la aldea, donde lo trafa su mérito, sino de la maledicencia del ocioso vecindario santiaguino. A la salida de las iglesias y capillas, en las reuniones de familia, que se suspendían durante todo el invierno, a causa de los pantanos intransitables de las calles y el desborde de las acequias, en las pocas miserables tenduchas, donde las mujeres hacían sus compras; en todas partes, se hablaba del vecino, del pariente, del prójimo, inventándose aquello que no se sabía, exagerándose lo que se sorprendía o atisbaba. No había mujer hermosa que no hubiera sido calumniada ni hombre rico a quien no se acusara de haber robado en el tesoro del Rey o participado en algún comercio ilegí-

timo. Era ésta la peor viruela,—como dice un cronista de la época,—y el símil es preciso, porque aparecían verdaderas manchas en los rostros de acusadores y acusados, a causa de la fiebre con que procedían aquéllos y de cuánto sufrían éstos por la impunidad del chisme venenoso. Eran conocidas algunas mujeres que rodaban el día entero vendiendo, por favores, por comilonas, por un vaso de mistela o por dulces de las monjas, escándalos de alcoba o de tejados que suponían o abultaban y eran aceptados como dogmas de fe. ¿Había una dama de veinte años, soltera o casada, que se vestía con trajes traídos de Lima porque era rica, usaba un poquito de agua para lavarse el cuerpo y afeites de mejor calidad para colorear sus mejillas? Pues, señor, inmediatamente se explicaba la causa de todo este refinamiento: "la fulana peca; si no se conoce el autor, es porque no hay uno sino varios." La prueba era concluyente y la infeliz se mordía al sorprender las miradas del vecindario y oír más de una vez la frase de doble sentido de algún mulato enviado ex-profeso para que la gritase al pasar.

Por esos mismos días, más por la murmuración a la puerta de las iglesias y hasta en el confesionario mismo, que por verdadero desenfreno, el obispo Carrasco amenazaba con prohibir los puntos de Flandes, de la ropa inferior de las mujeres, que asomaban en el borde de los pantalones, un poco más abajo del ruedo del vestido, y la seda de cambrá a la gente ordinaria "que sin caudales querían igualarse con las ricas."

La casa de un Baltasar de Cuevas se prestaba a maravillas, para estos comentarios, de los cuales todavía hay ejemplos hoy día a pocos metros del antiguo solar, en el Club de la Unión de esta ciudad. Pequeño corral exterior, grande y sombrío segundo patio, era sitio de reunión hospitalario, después del medio día, para vecinos y vecinas, que tomaban el primer sol de primavera después de pasar entumidos en las húmedas salas durante todo un invierno. Esas reuniones parecerían hoy de convalecientes de un hospital. Envueltos los viejos en sus capas, mal afeitadas las barbas, sucias las manos; metidas en gruesos pañuelos las mujeres, desgrednadas o mal pelnadas; fumando, los primeros, pitillos hechos en hojas de maíz, que habían amari-



Pero don Marcos de Garro los tenía clavados en las silletas de polo...

lleadó sus dedos de enormes uñas con la nicotina allí depositada durante años; bordando algún tapiz, remendando ornamentos de la iglesia o rasgueando en la guitarra las segundas; estas reuniones eran interrumpidas con bostezos por los que no habían hecho la siesta o con ruidosos estiramientos de los brazos por los que venían levantándose y siempre se hablaba en ellas del prójimo, salvo que hubieran llegado noticias de Lima o hubiera pleitos de frailes, monjas u oidores, en que el prójimo quedaba en lugar secundario; pero no desaparecía.

Tocaba una vez cada dos meses una curiosa escena a la cual, aunque común en esos tiempos, la señora de Cuevas, una rica y presuntuosa heredera de apellido Caravantes, daba caracteres de ostentación: el asoleo de la plata. Cada cual guardaba entonces sus caudales amonedados sobre grandes cueros, y la humedad del cuartucho donde estaba el tesoro manchaba la plata y era

común decir que el sol devolvía al noble metal el peso que perdía a la sombra.

Durante toda la mañana doña Berta Caravantes había contado a sus vecinas al salir de misa que era tarea superior a la fuerza de los criados arrastrar hasta el patio los cueros con la plata sellada, y, eso, decía que las onzas de oro estaban dadas a rédito en Lima y debían ser devueltas en la misma forma. Había natural ponderación en el cuento. El mulato y dos indios ocupados en el huerto, bastaron para extender los cuatro cueros en que las mismas manos del señor don Baltasar habían corrido una a una los trocitos de la plata acuñada a golpe de martillo y algunos centenares de monedas españolas. Allí habían quedado los tesoros, resguardados por la vieja criada que había dado su leche a la señora y por el mulato que contaba en voz baja rumores recogidos en la recova en esa misma mañana, mientras la familia hacía su comida de las 12.

Fueron entrando, como de costumbre, los

compadres, vecinos y amigos, entre los cuales no era el menos notable el tesorero de la Santa Cruzada y fray Bartolomé Piñas, cuya enorme nariz no hacía sonreír a nadie, por el prestigio de ciencia, estudio y santidad de que gozaba. Era éste un tema prohibido entre los niños y nadie se habría permitido asustar, al más recalcitrante para dormirse, con el enorme pero venerable apéndice de esa autoridad teológica. Otros caballeros de menor importancia, a juzgar por sus vestimentas y saludos, querían también ser testigos de esta riqueza, una de las pocas que no era objeto de calumniosos comentarios por lo claro de su origen...

—Y ya que de orígenes hablamos—dijo don Bernardo Mercado, el más entendido de fortunas entre los contertulios de Cuevas,—mucho se dice que el señor Gobernador ha traído diecisiete capachos con dinero, producto de su gobierno de Tucumán, que no ha sido tan cristiano...

—No soy de aquellos maldicientes que sin papeles a la vista hablan de las ajenas reputaciones,—replicó Cuevas,—pero en el caso de Su Excelencia, nadie me quitará de aquí (y señaló con un dedo el centro de la calva frente), que ese dinero es mal habido. Ejemplos tenemos en esta misma tierra.

—¿Si los tenemos?—exclamó el padre Piñas, y absorbió una narigada de rapé.

—Bien dicen vuestras mercedes,—interrumpió en ese punto la conocida Visitación Alava,—llamada Visitación porque fué encontrada al pie del Altar de la Visitación de Santa Isabel, en Santo Domingo, y Alava por el apellido del gobernador que la hizo recoger por las monjas del vecindario.—Pues dicen vuestras mercedes, pues ayer no más of contar en casa de don Bautista Lémus, que nunca deja de decir verdad, que el señor de Garro, a quien Nuestro Señor guarde, tenía sobre sí más de un muerto.

Un rumor de espanto fugido corrió en la concurrencia. Se trataba naturalmente de un muerto, para robarle la hacienda, porque de ajusticiados por el Rey o de asesinados por venganza o riñas, no se hablaba entonces, y no pesaban sobre conciencia alguna.

—Y habrá que tener paciencia, exclamó suspirando el comerciante Orozco, porque viene de gobierno pobre y si allí ha sabido cosechar, pronto veremos cómo los diecisiete baúles se convierten en cuarenta.

—¡Diecisiete! ¡Diecisiete!—coreaban los que escuchaban tan edificante conversación.

Para que en esos tiempos corriera en toda la ciudad un chisme se necesitaba solamente el espacio de dos horas, que era lo que había calculado un tendero español de la Plaza, aficionado a números y víctima de la maledicencia santiaguina.

—Dos horas,—decía,—lo necesario para que Visitación Alava corra desde su casa hasta la capilla de la Soledad, pasando por lo de Cuevas, lo de Bravo y las Clarisas.

En un momento ardía la palabra lanzada por la mensajera de la calumnia, como chispa en un pajar. Nadie dejaba por supuesto de añadirle flecos a la narración y de decir "me consta" y por "Dios que no me dejará mentir" y por "mi santa madre a quien Dios tenga en su santa gloria", que todo esto servía para engrosar y apoyar y hacer a veces indestructible el primer rumor que luego arraigaba en tierra en el corazón del pueblo y formaba parte de la tradición.

No es, pues de extrañar que al día siguiente el gobernador supiera con detalles que en casa de don Baltasar de Cuevas se había hablado de los diecisiete baúles y de sus robos y muertos, que toda la ciudad comentaba los más imaginarios incidentes de su vida y que ya estaba lanzada la sospecha de que, por haber puesto mano en persona consagrada, había sido excomulgado. El nuevo capitán general, que era caballero y noble, había observado que esta ciudad tan risueña al parecer, estaba enferma de mentiras, que su única vida era el chisme y el enredo, que en el fondo nadie se quería bien y cada cual desconfiaba de su amigo o deudo; en fin, que bajo los tejares húmedos y los álamos en punta salía un nido de alacranes.

Resolvió llamar a dos caballeros que la fama señalaba como los más soberbios, hinchados y honestos de Santiago. Llegaron ambos vestidos de gala, saludaron con rendimiento cortesano, excusáronse por no haber presentado antes sus homenajes al enviado de Su Majestad, le hablaron de las virtudes de los habitantes de Santiago, que eran ciertamente los mejores de la tierra, de la dulzura del clima como no podía haber otro, de las fiestas y devociones que estaban en proyecto y de mil cosas galanas y seductoras. Pero el Gobernador los miraba



Se había detenido ante la vieja imagen de la virgen...

con faz adusta, no sonreía, sus penetrantes ojos buscaban los de sus interlocutores, que giraban furtivos para mirar ora las vigas del cuarto desnudo, ora la reja de madera de la ventana, ora el piso formado de lastras de piedra pulida, sacadas del vecino San Cristóbal. Uno de ellos, creyendo notar en el Gobernador cierta curiosidad por las cosas de la iglesia, arrebató la palabra a su compañero para decirle que era una lástima que Su Excelencia no hubiera llegado antes de Semana Santa, porque habría visto la curiosa y ejemplar procesión sacada por los padres dominicos, en que la multitud, imitando a los judíos con verdad pasmosa, corría una anda de Jesús Nazareno a palos y pedradas, haciendo lujo de puntería extraordinaria. Esta noticia había hecho sonreír a otro Gobernador en situación análoga; pero Garro no hizo el menor movimiento de aprobación.

A medida que pasaba el tiempo, los señores santiaguinos gastaban una labia más fácil y pedantesca, buscaban en el pasado gratos recuerdos por un enviado del Rey, contaban anécdotas de la guerra, volvían a mencionar los horrores del terremoto, por fin caían de nuevo en la viruela, tema de obligadas conversaciones durante dos siglos. Pero don Marcos de Garro los tenía clavados, en las silletas de palo en que se habían sentado, con la fulminante mirada de sus ojos. Por fin, interrumpió este largo silencio para decirles con voz airada:

—Caballeros, ¿de qué color tenéis vuestros ojos? Hace una hora que os escucho y no me habéis dado la mirada. Hace una hora que me contáis sucesos que conozco y que son objeto de vuestras conversaciones; pero no me habéis dicho que los vecinos hablan de mi fortuna y dicen que ha sido mal habida...

—Vuestra Merced nos trata con rigor —balbuceó uno levantando la cabeza.—En realidad hemos oído miserables rumores que han sido por nosotros sofocados.

—Sóis vecinos nobles de esta ciudad y es he llamado por esto. Pues bien, cuando un caballero falta a la verdad, pierde la estimación que su nobleza merece. Si escuchásteis esos rumores, ¿cómo los habéis sofocado? Como a injuria que no os importaba seguramente, ya que no habéis acudido a pedirme noticias que hubiesen destruido la calumnia. Yo voy a defenderme ahora, no

como de ante de hombres a quienes bastan razones y noblezas, sino como delante del insensato o privado de inteligencia que quiere palpar con sus manos las cosas ajenas, para creer en ellas. Habéis faltado a la obligación que tienen los servidores del Rey de rendir acatamiento y respeto a su representante, habéis faltado a la conveniencia de que los hombres de una misma estirpe se defiendan unidos contra la maldad de los miserables, que no tienen nombre ni dignidad que perder. Tendréis pronto noticias de los caudales del Gobernador.

Los caballeros oían todo esto con la vista baja y al terminar Garro, juraron no haber tomado parte en tales intrigas y ocuparse en destruirlas. Salieron con muchas venias y cortesías, mientras el Gobernador les clavaba imperturbable la vista, para descubrir cuánta falsía se había acumulado, por la vida de pobreza y de sufrimientos en hombres tan principales.

Al salir, don Ruy Vega dijo a su compañero más anciano, don Pedro Candia:

—Cara de ladrón tiene el Gobernador.

—Sí que la tiene, ya que le ha escocido tanto lo que dicen.

—Por nuestra parte, nada diremos de esta visita.

—Como Vuesa Merced, creo que no hay que mentarla, como no sea para decir que nos ofreció su amistad.

—Cara de ladrón tiene, volvió a repetir en voz baja don Ruy.

Al día siguiente, al amanecer, don Pedro Candia se encontró con su compañero a la salida de la iglesia, y le dijo:

—¿Qué ha querido decir el ladrón del Gobernador cuando nos habló de que pronto tendríamos noticias de sus caudales?

Don Ruy se encogió de hombros.

En medio del infiernillo de la aldea de Santiago, había un rincón sereno: la casa de don Alonso de Zúñiga. En su gran huerto interior se gozaba de paz completa. Florecían allí malvas y verbenas, azucenas y mardeselyas, como en ningún otro jardín de ese tiempo. La bella doña Blanca de Mendoza había encanecido, ya que desde la noche en que el reloj de los jesuitas dió su primera campanada, (así se medía el tiempo algunos años después de este aconteci-



Delante, marchaba erguido; con la vara de la autoridad...

miento), habían pasado trece larguísimos. Desde el sillón donde bordaba, eternamente preocupada de su hijo que acababa de tornar de España hecho ya un soldado, dirigía las faenas del jardín. Había querido preparar la casa para recibir dignamente a este único retoño de sus románticos amores con Zúñiga, uno de los más aguerridos capitanes de la guerra de Arauco.

Una tarde del pasado otoño doña Blanca miraba embelesada sus flores, cuando surgió delante de ella a pocos pasos aquella hija de la mulata que había nacido durante el toque de Año Nuevo, el año 70. Habituada a mirarla, no la había visto nunca; por primera vez notó que la niña era ya una mujer, y además la más extraña belleza conocida. Puso lentamente la mano sobre el brazo de don Alonso, que leía un gran libro manuscrito para recordar sus cuentas, y le dijo en voz baja:

—¿La habíais admirado, don Alonso? Es demasiado hermosa para que quede aquí y nuestro hijo la encuentre.

—El viejo sonrió amablemente, y juzgó, por su sangre, muy razonable el cuidado materno. Poco después se convino en que Candelaria recibiría algunos reales e iría a buscar trabajo con la niña en otra parte. Así se arrojaba en esos tiempos al más viejo servidor, cuando convenía. Ni éste protestaba ni nadie derramaba una lágrima de gratitud. Solamente las nodrizas, "la mama" gozaba del privilegio de morir en la casa donde había amamantado al señor o señora.

Pero, en realidad, si la pobre pareja había sido lanzada al mundo con escasos recursos, sus patrones le hacían señalado servicio en no venderla a otros, pues la Candelaria era esclava, como lo fué su marido, Agustín Isborán, traído de Lima y pagado a altísimo precio. En medio de su ignorancia, la mulata comprendió la mezcla de generosidad y de indiferencia que merecía a doña Blanca y caminaba bendiciéndola, mientras salía atontada como una pobre oveja con su cría.

Era inútil precaución de madre, y lo era en todo sentido: don Pelayo de Zúñiga y Mendoza, traía la reputación del más perfecto caballero y del más casto soldado. Además, junto con llegar a Santiago, había visto en la recova a la vieja Candelaria, que lo llamó por su nombre, y admiró la belleza de la niña.

El recién venido, sacado muy niño de la vida aldeana y llevado a Madrid por un tío, religioso franciscano, acababa de tener un curioso incidente que le había revelado al horror de la existencia colonial como no fuera combatiendo en tierra de indios. Había descubierto, entre todo ese numeroso vecindario, un solo amigo, y, por raro contraste, se trataba de un religioso de la Recoleta Franciscana, de un antiguo minero de Potosí, llamado Fray Pedro Bardses. Hombre de cuarenta y cinco años, culto, de afables maneras, filósofo práctico de la vida, conocía diversos puntos de la América española, y había tratado a los colonizadores más célebres de Méjico, de Venezuela y del Perú. Muy pronto el joven soldado y el religioso trabaron amistad sincera. Aquél era un fervoroso creyente y éste un valeroso propagandista. Habían conversado juntos de los supuestos milagros y apariciones de una monjita de la Victoria, que había profesado hacia poco, a los quince años de edad. Se trataba de la visionaria Ursula Suárez, a quien todo Santiago daba el título de santa, y suponía el don de profecía, la adivinación de los que habían ganado la salvación de su alma y otros conocimientos muy útiles para esa fecha. Ni el soldado ni el religioso creían en esas visiones; pero se guardaban muy bien de darlo a entender a nadie, pues entonces, como hasta nuestros días, se perdonaba todo menos la incredulidad ante las apariciones, milagros, vaticinios terribles y demás cuentos de portería de convento. Desde entonces los dos amigos se confiaron muchas veces sus reflexiones sobre la abundancia de ostentación religiosa de la sociedad criolla y la escasez de sentimientos profundos de sinceridad, lealtad y rectitud de las gentes.

Una noche, en que don Pelayo volvía de cenar en compañía de Bardses, creyó divisar en la sombra, al atravesar una calle oscura, la silueta de una mujer encubierta. Este fenómeno,—recordando bien,—se había repetido antes; pero el capitán tal vez ignoraba que a esas horas mujer embozada ocultaba a un asesino o un espía, y así no le dió mayor importancia.

Al día siguiente oyó don Pelayo susurrar su nombre en todas partes y notó que su sola presencia provocaba sonrisas maliciosas de las mujeres jóvenes y escrutadoras y severas miradas de las viejas. Supo enton-

ces por un compañero de armas,—el capitán Reinoso,—la causa de esta curiosidad. Visitación Alava lo perseguía para conocer la causa de sus frecuentes excursiones de noche. Colocada cerca de la puerta de la Recoleta, había escuchado claramente que el soldado decía a Bardesi:

—“Voy ahora a hacer una rápida visita a mi único amor.”

Visitación corrió a apostarse en una esquina no sin haber antes avisado a dos o

tentación de piedad sino por antigua costumbre.—y seguía su camino. Los espías se creyeron descubiertos porque atribuyeron a ardida la devoción del soldado y contaron toda la escena, acusando a Zúñiga de una ruin seducción de calle atravesada, y además de una hipocresía sacrílega con la imagen venerada.

Don Pelayo escuchó toda esta historia y supo con tristeza que la antigua vieja criada de su madre había muerto y que su hija



Nunca los chismosos y espías de la ciudad recibieron paliza más merecida...

tres viejos que la secundaban en este terrible espionaje nocturno. Todos siguieron al capitán, reteniendo el aliento y ocultándose en los huecos de las puertas, tras de las pilastras, en las calles atravesadas. Por fin vieron que Zúñiga se detenía en una esquina cerca de una ventana. Visitación oprimió con alegría salvaje el brazo de uno de los viejos y susurró a sus oídos:

—“Será el escándalo del año; don Pelayo el casto viene a rondar el cuarto redondo de la mulata que fué la criada de su madre.”

Pero, en realidad, el capitán se había detenido ante la vieja imagen de la virgen que estaba en el muro de la casa de Orozco, ante cuya estatua de madera vestida ardía una linterna de hierro forjado. Allí rezaba una corta oración cada noche,—no por or-

ejecutaba trabajos en la recova y era objeto de las sollicitaciones de algunos bajos tenorios de esa fecha, que escandalizaban realmente al vecindario con su vida y sus incidentes de salta-murallas.

Esta breve aventura que habría dejado en alma mejor templada, una profunda decepción, pasó casi sin desflorar su espíritu, porque en esos días ocurrieron sucesos importantes para el vecindario de chismosos de Santiago. El Gobernador Garro cumplía la promesa de hacer palpar sus caudales, como lo había dicho a los señores de Candía y de Ruy Vega.

Tal vez nunca han sufrido los santiaguinos maldicientes un castigo más ejemplar que el propinado por don Marcos José de Garro.

Era la mañana esplendorosa de un domingo de septiembre. Sobre los tapiales barrocos, todavía coronados por el musgo, las manzanillas y las florecillas amarillas del "yuyo", asomaban las ramas florecidas de los duraznos y almendros y colgaban las de los sauces. Volvían de la misa de nueve fieles, cuando lejano ruido de tambores y las carreras de los indécitos descalzos, indicaron la proximidad de tropa o procesión que no estaba apuntada entre los escasos acontecimientos de la ciudad.

Desde la Plaza partía un extraño cortejo. Delante, marchaba, erguido, con la vara de la autoridad, un corregidor eminente, delegado especialmente para la circunstancia, patrulla de veinte arcabuceros rodeaba unas parihuelas sobre la cual se ostentaba un pequeño cofre de cuero de Córdoba, lleno de sacos. Más atrás se desarrollaba una fila de mestizos e indios, atraídos por la curiosidad. Frente a la puerta de la Catedral, el regidor levantó la vara y se detuvo la procesión. Entonces, con voz estentórea, declaró en nombre del Gobernador que ese cofre contenía toda su fortuna en dinero, consistente en veinticinco mil pesos, fuera de sus trajes y sus armas y su caballo, que también le pertenecían. Esa fortuna había sido hecha con su propio trabajo, parte con economía de salarios y parte dada a rédito en su pasado gobierno, además de una corta herencia de un hermano a quien había sucedido en sus haberes y derechos, consistentes en cuatro mil pesos. El Gobernador declaraba no tener ni en España ni en el Perú, en Tucumán ni en otro punto alguno del orbe, dinero alguno que le perteneciese, juraba no haber traído a Chile otro cofre con monedas que el que mostraban en andas los cargadores, y desmentía solemnemente a los caballeros de la ciudad, que naturalmente inclinados a pensar mal por largo hábito, habían contado como cosa que les constaba, fábulas calumniosas sobre su vida y sus negocios. Luego el regidor desafiaba a cuantos le escuchaban a que como buenos y leales hombres respondiesen si tenían objeción alguna que hacer a las aseveraciones del señor Gobernador. Cuatro oficiales sacaban las bolsas y las contaban. Y la procesión continuaba inmediatamente.

Los calumniadores, apenas se dieron cuenta del significado del cortejo, se apresuraron a ocultarse en el fondo de sus casas; pero

hasta allí les llegaba, primero por frente de la casa, media hora más tarde por el fondo, y en seguida por la calle del costado, los clamores del vocero, los redobles del tambor, el ruido de la marcha pesada de los arcabuceros y el rumor de sandalias y pies desnudos de la indiada.

Todo ese día, del norte a sur, de oriente a poniente, frente a las iglesias y conventos y de algunos vecinos principales, el cofre del Gobernador se detenía, el heraldo contaba los negocios hechos y sumaba implacablemente las cantidades, los oficiales abrían las bolsas y se desafiaba al vecindario a la contradicción.

Don Pelayo seguía con otros caballeros, sin ocultar su agrado por el ejemplar desmentido, el cortejo de los caudales del Gobernador, cuando su fiel amigo que le había impuesto de los chismes de Visitación Aliva, le mostró a la distancia la figura de la niña Isborán, alta, erguida, de enormes y sombríos ojos negros, de turgente pecho, andrajosamente vestida, que tenía a su lado a un hombre mal mirado en esos años, y que purgó después con destierro a Quillota la liviandad de su vida y el mal ejemplo dado a la ciudad. Pelayo le pidió a su amigo que por interés hacia la pobre perseguida, se acercara a escuchar qué cosas le hablaba el viejo Lugo. Esa noche supo toda la historia: el avaro había cedido a la muchacha un cuarto miserable en su propiedad vecina a la recova y le cobraba ahora a su inquilina la suma de cuatro pesos que le adeudaba y no podía pagarle. Estaba claramente establecido el miserable intento. Amenazada la infeliz con la vagancia por las calles, tal vez con el hambre y la venganza, cedía, como habían cedido sus antecesoras en el mismo miserable rincón de ignominia.

Zúñiga fué esa noche a la Recoleta donde su amigo y le contó las últimas incidencias. Una delicadeza que no conocían los hombres de guerra y de lucha de esa época advertía al joven el peligro que se colocaba él mismo y en que colocaba a la antigua criada de su casa, si se acercaba personalmente a auxiliarla. Le parecía hasta injuriosa una limosna dada a esa belleza, condenada a sucumbir tristemente en las sombras de la calle atravesada.

Fray Bardsi escuchó con su bondad inagotable la relación, y comprendió su deber que se encuadraba bien en sus obras de ca-



De fray Bardesi corrieron hechos maravillosos...

ridad silenciosamente, hechas en todas partes, y procuró verse con la Isborán, para lo cual le envió recado con una de las vecinas del convento.

Luego tenía a una de sus sirvientas en constante vigilancia de la antigua esclava. No daba ésta un paso sin ser seguida. Tenía el

avaro, con razón, que, en medio de su inmenso desamparo, la niña recordara a sus antiguos patrones y les pidiera el auxilio de que dependía en esos momentos su salvación. Así supo que fray Bardesi deseaba venir a su habitación al caer la tarde. La vecina lo había contado al indio, que montaba la guardia en la esquina, con buena intención, para que cuando reconociese al religioso fuera su gufa hasta la puertecilla

de la Isborán, que vivía allí en compañía de otra pobre mujer.

El indio dió cuenta a su patrón, y éste convocó en el acto a la Alava y a diez o doce de sus tertulios. Creían haber descubierto toda la trama. Recordaba Visitación, en medio de una infernal habladuría, cómo en aquella noche, en que atisbaba a don Pelayo, le había dicho éste al fraile: "Voy donde mi único amor." y como, sorprendido más tarde o temeroso de que lo siguieran, se había detenido a los pies de la vieja imagen para despistar. Ahora iban a caer en la celada todos, el amante y el protector de la maldad. Correría a contarlo hipercritamente a la misma doña Blanca de Mendoza y a medio vecindario.

Se reunieron, pues, en casa de Lugo como veinticinco a treinta personas, entre señores y criados, toda la flor y nata de la calumnia y de la intriga de la ciudad.

Cayó la noche, se extinguieron una a una las campanitas que tocaban al *Angelus*, resonó a lo lejos el clarín de la Plaza, dando el toque de queda y todo se durmió en esa sombra tenebrosa, peculiar de la ciudad en sus viejos tiempos coloniales.

Don Pelayo creyó conveniente reunirse a fray Bardesi para acompañarlo hasta la vecindad. Pasaron ambos a buscar al joven Reinoso, que estaba al tanto del proyecto, y avanzaron cautelosamente para no caer en los abismos ni toparse con los bruscos salientes de los edificios, estribos y puntales que habían quedado afianzando murallas desde el último terremoto.

Como a distancia de sesenta pasos de la esquina, se detuvieron los acompañantes y el fraile siguió lentamente avanzando las manos. Habían pasado algunos momentos, cuando Reinoso hizo guardar silencio a don Pelayo. Rumor de pasos cercanos revelaban un grupo de personas que salían de casa de Lugo.

— "Esta es una celada que te tenían preparada", exclamó el joven, y ambos llevaron la mano a sus espadas y avanzaron de prisa. Entonces llegaron claramente a sus oídos gritos de la Isborán, la voz aguda del viejo y la varonil de Bardesi, en una disputa violentísima.

La llegada de los soldados infundió inmediato temor. Reinoso, empujado por Zúñiga, tomó a la defensa del religioso. Lo acusaban de haber llegado en las sombras a ofrecer

dinero a una mujer de mala vida. La Visitación levantaba la voz para decir que lo había visto; Lugo declaraba que aunque él se beneficiaría porque la mulata le debía dinero, encontraba escandalosa para la religión y para la orden de la Recoleta un acto tan vergonzoso, ofrecía guardar secreto siempre que se marcharan todos y no alborotaran más al vecindario. Pero habían salido a todo esto varios hombres ocupados en la recova que preparaban a esa hora las cuelgas de carne para el día siguiente y que conocían como buena mujer a la niña. Así lo dijeron, mientras Reinoso comenzó a contar en voz alta lo que había visto el día de la procesión de los dineros del Gobernador y cómo el dinero que trafa el fraile era suyo y venía a salvar a la mujer del apremio malvado del avaro. Visitación vió que las cosas tomaban mal camino para Lugo y dijo pronto que le constaba su culpable deseo. Gritaron unos y otros, y Reinoso dió el ejemplo lanzándose sobre los amigos del viejo y sacudiéndoles golpes y cintarazos sin piedad alguna. Los de la recova lo imitaron y nunca los chismosos y espías de la ciudad recibieron paliza más merecida.

Las lenguas santiaguinas tenían mucho que hablar; pero se habían paralizado.

La paliza dada a Lugo, a Visitación Alava y a los más señalados calumniadores de la ciudad, creció en la imaginación del vecindario, tomó caracteres de pública justicia y todos creyeron ver la mano oculta de la autoridad resuelta a castigar la maledicencia que nadie desconocía y cuyos horribles efectos los mismos maldicientes lamentaban. Durante un tiempo, cuando alguien quería hablar del prójimo, los más tímidos extendían la mano diciendo:

— "En mi casa no se habla de nadie; ya hemos sido bien castigados con la procesión del baúl del Gobernador y con las calumnias hechas al siervo de Dios Bardesi."

Por otra parte, los ecos de estos incidentes se extinguieron en forma romántica. Candelaria Isborán fué a pedir asilo al convento de las Agustinas, y por primera vez las damas santiaguinas reconocieron públicamente la belleza de una esclava y rindieron homenaje a su virtud. El viejo Lugo fué aprehendido por el denuncia de Reinoso y

enviado a Quillota en destierro para purgar sus faltas, que eran muchas, según apareció en el proceso levantado a indicación del obispo. De fray Bardesi corrieron hechos maravillosos, entre otros, el de haber adivinado que un caballero llevaba, en su tabaquera, rapé envenenado para dar muerte a un rival, con lo cual evitó la consumación del crimen.

Comenzaba una franca reacción en "la aldea de los chismes". Y, como por hábito exageramos en el mal y en el bien, muy pronto declararon santos a los protagonistas de esta narración. El siervo de Dios Bardes!

tal vez merecía el dictado; pero no sabemos si ocurría lo mismo con el Gobernador, que ha pasado a la historia con el nombre del *Santo Garro*.

De don Pelayo nada se dijo, porque murió en duelo en Lima, al pie de la ventana de una dama.

Y aquí tienes, lector amigo, cómo este pueblo, donde un viejo proverbio aconseja no creer sino la mitad en materia de dineros y bondades y deja ilimitado campo para creer en vicios, robos y rumores sobre el prójimo, tuvo desde el siglo XVII justa fama de maldiciente y chismoso.

